LIBRARY OF PRINCETON
OCT 12 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

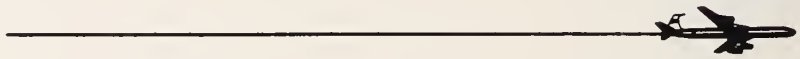
Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum1241conf

LAP
mayo - jun 1975
Año XXIII No. 124
VINCULUM
(Colombia)

VASETUR - CPC

Avianca



- ★ Especial atención a las comunidades religiosas.
- ★ Especialidad en grupos religiosos, escolares y parroquiales.
- ★ Servicio a domicilio.
- ★ Tramitación gratuita de documentación.
- ★ Planes extraordinarios para el AÑO SANTO.

Calle 71 No. 11-10 1er. Piso Teléfonos 35 13 00 y 35 18 77
Bogotá - Colombia

vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXIII
1975

MAYO
y
JUNIO

SUMARIO:

Presentación 3

Motivaciones de la dirección espiritual *P. Ricardo Baracaldo, cmf* 5

La dirección espiritual en la Iglesia *(Graciela de Santa María, ocd* 9

¿Dirección espiritual o dirección del espíritu? *(Darío Restrepo L., sj* 17

¿Se debe tener miedo al psicólogo? ¿En qué puede ayudar la psicología a la vida religiosa? *Salvador López, sch* 22

La dirección espiritual *Anunciación Arzubialde, stj* 31

Testimonios — Líneas de formación 36

DIRECTOR:

P. HERNANDO URIBE, ocd

COLABORADORES:

ALVARO PANQUEVA, cm
DARIO RESTREPO, sj
SALVADOR LOPEZ, Sch.
RICARDO BARACALDO

Dirección y Administración: Calle 71 No. 11-14 — Bogotá, Tel. 35 88 84.

Resp. Mingobierno Lic. 657/53.

Tarifa Postal reducida No. 240 de la Administración Postal Nacional.

Editorial PAX — Bogotá.

124

CASETES — CRC

SERIE I. VOCES

1: La Puerta — El Agua.
2: La Tierra — El Camino.
3: La Semilla — La Raíz.
4: La Llave — El Muro.
5: El Tallo; Las Hojas — La Flor; El Fruto.

SERIE II. NOVENA DE NAVIDAD — I — II — III

SERIE III. HAY SEÑALES EN TU CAMINO

1: Semáforo en rojo — Semáforo en amarillo — Semáforo en rojo.
Doble vía — Dar la precedencia — Cruce de caminos.
2: Límite de velocidad — No volver atrás — Bajada peligrosa.
Curva a la izquierda — Paso para peatones.
Altibajos.
3: Triple dirección — Curva y contracurva — Estación de servicio.
Paso a nivel no vigilado — Puente móvil — No hacer sonar la bocina.
4: Curva a la derecha — Niños — Caminos que se estrechan.
Restaurante — Prohibido girar a la izquierda — Retén.
5: Curvas en serie — Trabajadores en vía — Peligro.
Paso a nivel vigilado — Puesto de socorro — Caída de piedras.
6: Camino resbaladizo — Prudencia — En una sola dirección.
Prohibido estacionar — Taller de reparación.
"Stop"

SERIE IV. MILAGROS DE JESUS

1: Caná — El Ciego — La Pesca — La Viuda de Naim.
2: El Centurión — El Paralítico — Lázaro — La Cananea.
3: El Lunático — La Hija de Jairo. La Tempestad — Multiplicación de los Panes.

SERIE V. PARABOLAS DE JESUS

1: El Sembrador — La Cizaña — El Siervo Cruel — Los Obreros de la Viña.

EN PREPARACION

SERIE VI. TEMAS SOBRE LA VIDA RELIGIOSA.
SERIE VII. CATEQUESIS.
SERIE VIII. MES DE MARIA

De Venta:
Conferencia de Religiosos de Colombia
Calle 71 No. 11-14 — Bogotá, Colombia.

PRESENTACION

La dirección espiritual no está de moda. El hombre moderno siente una repulsa instintiva a que otros determinen su vida, porque si algo bueno han hecho las ciencias positivas y la misma teología ha sido descubrirle al hombre el valor de su autonomía y su capacidad para definir por sí mismo, cada uno, el sentido de su existencia.

Por otra parte la desorientación y el desconcierto vocacional están a la orden del día. Desde tiempo atrás el árbol de las convicciones ha comenzado a deshojarse nostálgicamente. Junto con los frutos podridos se está cayendo el árbol mismo. No resulta fácil encontrar personas que hagan girar su vida en torno a principios asumidos con vigor, de tal manera que llegue a faltar la vida antes que fallar en ellos. Los compromisos a medias van produciendo efectos tan devastadores, que mucha gente sabe cada vez menos a qué atenerse.

No pocos religiosos consideran que su ascenso en ciencias humanas y teológicas ha de producir como primer resultado su propia determinación, con exclusión de toda intervención, contraria al desarrollo de la personalidad. Pero es curioso que lo que se defiende con tanto entusiasmo y suficiencia en el campo de la espiritualidad, esté en contradicción con lo que está ocurriendo en las demás actividades humanas, en las cuales se busca afanosamente una orientación y un entrenamiento.

El cansancio de las buenas tradiciones, que han ido languideciendo al llegar a nosotros, nos ha llevado al abandono de las mismas, y a la acogida entusiasta de derroteros más acordes con nuestra modernidad. A fuerza de insistir en la autosuficiencia en los caminos del espíritu, cada uno termina abandonado a sí mismo con el consiguiente desbarajuste en

las propias virtualidades interiores. Las convicciones van sufriendo un resquebrajamiento fatigante y descorazonador. Los objetivos de la vida aparecen cada vez más raros y desdibujados. A base de improvisaciones y ocurrencias, se termina en el peor de los desalientos, sin saber para qué sirve la vida.

La dirección espiritual no es del agrado de muchos paladares. Hasta el nombre resulta fastidioso, aunque aún no se ha logrado encontrar para esta realidad un nombre más apropiado. Resulta engañoso hablar aquí de deporte o de facilidad de palabra. La dirección espiritual es una disciplina rigurosa y vigorosa, para espíritus templados, atentos e inconformistas, llamada a devolver a la vida cristiana y religiosa su auténtica grandeza. Y su tono de desafío y testimonio: sal del mundo y luz sin fronteras.

* * *

La Conferencia de Religiosos de Colombia, deseosa de prestar un servicio cada vez más orientativo a los religiosos del país, se propone presentar, a base de números monográficos de la Revista, los temas y problemas que más están golpeando en este momento a la Vida Religiosa. En esta oportunidad presenta el tema de la dirección espiritual, visto por cinco religiosos que viven y trabajan en el país. Al plantear este tema, la Conferencia de Religiosos de Colombia comprende los múltiples problemas que la dirección espiritual trae consigo. Sabe de sobra que es necesario hacer un gran esfuerzo por encontrar las nuevas formas que expresen ciertas verdades tan elementales y antiguas como permanentes. Y sabe además lo difícil que es estar buscando un equilibrio que en cada momento se derrumba.

Por eso se atreve a proponer el tema de la dirección espiritual, firmemente convencida de que lo que aquí se dice son solo pistas, pero que el verdadero esfuerzo por redescubrir esta gran verdad, tan molesta y necesaria, tenemos que hacerlo entre todos. El que encuentre soluciones positivas que nos las comunique para beneficio de todos. Sólo el esfuerzo común, el atrevimiento común, la conquista común, podrán darnos la seguridad de que avanzamos. A esta labor quedan todos invitados.

LA DIRECCION

COLABORAN EN ESTE NUMERO

P. RICARDO BARACALDO	Carrera 15 No. 10–73
P. DARIO RESTREPO	Carrera 10 No. 65–48
P. SALVADOR LOPEZ	Apartado Aéreo 51074
H. GRACIELA DE STA. TERESA	Calle 119 No. 1–01
H. ANUNCIACION ARZUBIALDE	Apartado Aéreo 100264

Motivaciones de la dirección espiritual

P. Ricardo Baracaldo

La crisis actual es un fenómeno que cobija a todos los estamentos y estructuras y afecta a la piedad, a la oración y dirección espiritual. Ciñéndonos a la sola dirección espiritual, observamos que la han afectado de una manera especial la falta de auténticos directores espirituales, de hombres experimentados en el genuino espíritu sobrenatural, pero además el abandono de la vida de oración o la idea de la propia luz y fuerza o el centrar toda la labor espiritual en la acción exterior.

En el presente artículo queremos poner de relieve lo valiosa que es la dirección espiritual, motivar y estimular a quienes aspiran a la perfección. Motivar, en efecto, es enriquecer, potenciar, desarrollar dinamismos y capacitar para el triunfo.

La naturaleza humana experimenta limitaciones y por lo mismo necesita de fuerzas para superarse. La gracia exige igualmente una respuesta adecuada del hombre a los planes amorosos de Dios.

Las siguientes consideraciones se ordenan a presentar algunos elementos de la dirección espiritual que constituyen motivaciones y estímulos para su estima y práctica.

1. El llamamiento a la perfección

El Concilio Vaticano II recuerda a todos los cristianos la obligación de aspirar a la perfección del propio estado (LG 44), porque "en la Iglesia todos están llamados a la santidad" y "todos los discípulos de Cristo están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40).

Los religiosos, establecidos en un género de vida como es la pobreza, castidad y

obediencia y vida común, que manifiesta y estabiliza socialmente su voluntad de perfección, están obligados a la santidad en primer lugar por ser cristianos y luego por su acto personal de consagración hecho con carácter de perpetuidad que les exige una particular perfección para el resto de su vida.

La razón fundamental de la exigencia a la santidad es la vocación universal de la Iglesia a dar una respuesta de amor a la acción redentora de Cristo, al despliegue de amor sobre la comunidad humana. Toda obligación, en efecto, en la vida cristiana depende de la caridad y se reduce a la caridad. Quien cumple la caridad cumple toda la ley y queda bajo la acción, las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo.

De esta vocación y obligación a la perfección del propio estado surge espontánea la obligación de emplear todos los medios convenientes al desarrollo de la perfección, cual es entre otros la dirección espiritual.

A este propósito es valiosa la recomendación de la dirección espiritual que Pío XII hace a los sacerdotes: "Creemos oportuno recomendaros también, queridos hijos, que en los comienzos y en el desarrollo de la vida espiritual, no os fiéis de vosotros mismos, sino que con sencillez y docilidad, recibáis consejo y pidáis auxilio a quienes puedan dirigiros con sabia moderación, indicaros los peligros, sugeriros los oportunos remedios y en cualesquiera dificultades interiores o exteriores puedan guiaros rectamente y encaminaros a la perfección cada día mayor, en conformidad con el ejemplo de los santos y las enseñanzas de la ascética cristiana. Sin esta prudente dirección de conciencia, de ley ordinaria, es bastante difícil secundar convenientemente los impulsos del Espíritu Santo y de las gracias divinas" (Menti nostrae, 54).

El documento señala que la dirección espiritual es un medio y ayuda valiosa y muy conveniente para conseguir la perfección del propio estado. Quien realmente se siente llamado y se ha comprometido a buscar la perfección, está igualmente comprometido a emplear el medio que de ley ordinaria es indispensable para lograr el fin apetecido.

2. La dimensión teológica de la dirección espiritual

La tarea de la dirección espiritual se justifica si se inserta en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Cristo nos salva por medio de su Iglesia. Todo en la Iglesia es labor pastoral: la jerarquía, el magisterio, la jurisdicción, la liturgia, su organización, sus empresas, su apostolado. De aquí surge el hecho de que toda la vida y las actividades de la Iglesia son un verdadero pastoreo, una auténtica dirección eclesial, espiritual.

Esta dirección eclesial, general, oficial que ejercen el Papa, los Obispos, los sacerdotes y aún los laicos que participan de las tareas pastorales y de enseñanza, es una labor de servicio a los de más, de ayuda caritativa al prójimo, un testimonio de Cristo, un apostolado, una irradiación de Cristo. Es hacer Iglesia, es formar a Cristo.

Dentro de estas funciones eclesiales y pastorales se encuentra la dirección espiritual, que emana de la dinámica de los apóstoles, profetas, evangelistas, doctores y pastores "para organizar a los fieles en la obra del ministerio y desarrollar el Cuerpo de Cristo hasta que alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios y seamos hombres perfectos según la medida propia de la plenitud de Cristo" (Ef 4,11-13).

La dirección tal como la describió Pío XII es una obra eminentemente pastoral y por lo mismo obra estricta de caridad. Es la corona y culmen de toda la pastoral y del mensaje del evangelio. "Simón, hijo de

Juan, ¿me amas? Le contestó: —Señor, tú sabes que yo te amo. Jesús le repitió: Apacienta mis ovejas" (Jn 21,16).

La historia de la Iglesia, la vida de los santos y la doctrina de los maestros de la vida espiritual enseñan que la adquisición de la perfección es la meta de toda labor pastoral, porque se ordena a adquirir el crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 Pt 4,13).

La dirección espiritual en cierto modo prolonga todas las funciones eclesiales y pastorales de la Iglesia, sin embargo no se identifica con ellas, las supera en quilates y en su conjunto son una obra preciosa de la caridad divina, porque forma a Cristo en el corazón de los fieles (Gal 4,19).

3. La dinámica del Espíritu Santo

La acción del Espíritu Santo se manifiesta irrumpente en la persona de Cristo. "Jesús regresó del Jordán lleno del Espíritu Santo. Y era conducido por el mismo Espíritu al desierto" (Lc 4,1). "Regresó Jesús de Galilea lleno del poder del Espíritu" (Lc 4,14). Sobre Cristo desciende el Espíritu Santo (Lc 3,22) y bautiza con Espíritu Santo y fuego (Lc 3,16). El Espíritu es el que dirige la acción salvadora de Cristo.

El fiel que prosigue la misión de Cristo recibe del Padre el Espíritu Santo (Lc 11,13) y el Espíritu enseña a los fieles lo que deben hablar en los tribunales (Lc 12,12). Quien de verdad ama a Cristo recibe el Espíritu de la verdad (Jn 14, 15-17) que enseñará y recordará todo lo que Cristo ha anunciado (v. 24).

El Espíritu es el que da el sentido de filiación (R. 8,16), da la pertenencia a Cristo (v. 9), mora en los fieles (1 C 3,16), mueve a los fieles (R 8,14), los ayuda y ruega por ellos (R 8,26) y los colma de su amor (R 5,5).

La obra de la perfección y de la dirección espiritual la realiza el Espíritu Santo. Del Espíritu nos vienen todos los conocimientos profundos de Dios (1 C 3,10.12); cambia con su fuerza el hombre interior (Ef 3,16) y pone en nuestros labios la palabra Padre (Gal 4,6).

El Espíritu Santo hace vivir el misterio de Cristo en los fieles y conduce a los hijos de Dios a la vivencia de las virtudes cristianas (Gal 5,22-23), a vivir la vida del mismo Espíritu (Gal 5,16). El renueva nuestro interior (Ef 4,23) y nos prepara para la plenitud de la vida divina (Ef 4,30).

Siendo el Espíritu Santo el auténtico director espiritual, se sigue que los fieles deben ser dóciles a las luces e impulsos del mismo Espíritu para adelantar en el camino de la perfección.

De aquí se concluye que la dirección espiritual es teologal por el autor, que es el Espíritu Santo, por los medios que son sobrenaturales: la gracia, los sacramentos y las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, y por la fe en el mismo director espiritual como instrumento visible del Espíritu Santo, por la meta que es la íntima unión con Cristo en la presente vida y en la eterna.

4. La tarea de la dirección

La ascensión a la santidad es una tarea árdua y difícil. Es un arte y una disciplina que incumbe al director y al dirigido. El empeño y fidelidad del dirigido y la ciencia y prudencia del director se conjugan para un resultado sobrenatural, la perfección.

La crisis ha afectado a esta doble tarea, porque no hay estímulos ni siquiera preocupaciones por emprender el camino de la perfección y por lo mismo no se busca la dirección espiritual.

No hay tampoco auténticos directores espirituales, en parte porque ya no se les

busca y en parte porque como advierte San Juan de la Cruz "para este camino, a lo menos para lo más subido de él, y aún para lo mediano, apenas se hallará un guía cabal según todas las partes que ha menester. Porque además de ser sabio y discreto, es menester que sea experimentado" (Llama de amor viva 3,30).

La tarea de recorrer la vía purgativa, iluminativa y unitiva, la contemplación del Cristo total es algo demasiado elevado y hermoso para no buscar la ayuda de un hombre experimentado en los caminos del Señor. Es bastante imprudencia no buscar la máxima seguridad y no desear el máximo provecho espiritual.

La labor de descubrir el rostro de Cristo en sus misterios, de amarlo y de vivirlo es muy delicada y comprometedora. Pero no menos delicada es hoy la labor de descubrirlo en nuestros hermanos, en los más pequeños, en los pobres para amarlo, servirlo y sacrificarse por él. Tiene perenne actualidad la palabra de Juan:

"El que dice que ama a Dios
e injuria a su hermano, miente.
Si a su hermano a quien ve, no ama,
no ama a Dios a quien no ve" (1 Jn 4,20).

Para esta labor se requiere mayor fe, mayor caridad según la misma norma de Juan:

"El nos dió este mandamiento:
El que tenga amor a Dios,
ame también a su hermano" (1 Jn 4,21).

La doble vertiente de la vida de perfección, la búsqueda y contemplación del Cristo total va a implicar necesariamente un sentido y conocimiento perfecto de Cristo y la experiencia de quien ha recorrido por tales senderos. Quien realmente ha sentido arder en el corazón el amor de Cristo y ha sido iluminado por la luz de Cristo y lo ha visto en la fracción del pan, puede anunciarlo a los demás (cfr. Lc 24,31.32.35).

5. La dinámica humana del dirigido

En la dirección espiritual es necesario tener en cuenta la persona del dirigido. Es una realidad única, irrepetible en la historia. Es una persona rica en cualidades y limitada por sus defectos innatos.

Cristo fue un auténtico director espiritual con sus apóstoles: comprensivo de las limitaciones, paciente en superar las dificultades de ignorancia de los discípulos, exigente en las desviaciones, prudente y caritativo en no descubrir la intimidad y la doblez del infiel, previsor para anunciar los peligros, maestro para ilustrar los misterios del reino, consolador en las tristezas, amigo para descubrirles las palabras del Padre y las ternuras de su propio corazón. El sin embargo ha respetado la hora de Dios, la acción del Espíritu Santo, ha esperado la hora de Pentecostés para los suyos.

El director espiritual desempeña un papel importantísimo, porque trata de aplicar el plan de Dios a una persona concreta que lleva un bagaje de tendencias, propensiones, pulsiones, introversión o extraversión, calma o nerviosismo, vigor o delicadeza, ternura o dureza, toda la gama de dinamismos mentales, afectivos y volitivos.

Acudimos al médico, al psiquiatra, al psicólogo, porque son competentes para solucionar una serie de problemas que de otra suerte sería aventurado el pretender una solución inconsulta.

La vida espiritual implica una serie de problemas y soluciones de índole psicológica y sobrenatural. Si bien el Espíritu Santo actúa en las almas, no obstante de ley ordinaria se sirve del instrumento humano, del director para que ayude a sus hermanos en la adquisición de la perfección sobrenatural

La dirección espiritual en la Iglesia

Graciela de Santa Teresa
Carmelita Descalza

LA DIRECCION ESPIRITUAL EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA

Una de las grandes ayudas de que la Iglesia ha dispuesto para hacer llegar hasta las almas su misterio de santidad, ha sido la dirección espiritual. A sabiendas de que para muchos éste es uno de los capítulos de la espiritualidad ya superados, por anacrónico, inútil y hasta perjudicial, juzgo necesario tratarlo como punto de reflexión dentro de la renovación espiritual exigida por la Iglesia misma. Y quiero tratarlo desde mi fe, plenamente arraigada en el suelo de la Iglesia y no sujeta ni dependiente de fáciles opiniones de profetas improvisados.

Frente a posibles objeciones y prejuicios, pienso que es preciso distinguir entre el valor esencial de un principio y sus formas de expresión siempre a la altura del mismo. La razón es válida para la dirección espiritual. Tendríamos que tener ideas claras a la hora de hacer una crítica.

No quiero formular definiciones. Que broten espontáneas de la reflexión. Más importante que definirla, es presentarla en su sitio y en su valor. Para ello me limitaré solo a tres puntos:

1. La dirección espiritual en el misterio de la Iglesia.
2. El hombre, sujeto de la dirección espiritual.
3. Necesidad y actualidad de la dirección espiritual.

1. La dirección espiritual en el misterio de la Iglesia

a. Base bíblico-teológica

"Sed santos en todo vuestro proceder, conforme a la santidad del que os llamó, porque escrito está: "Sed santos, porque santo soy yo"[1]. "Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación"[2]. Una voluntad que se expresó desde el principio, en la misma palabra que creó al hombre; "Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra . . . A imagen suya lo creó"[3]. A imagen de su santidad esencial. Dios es el Santo, la Santidad.

Conocemos la respuesta del hombre y su tragedia subsiguiente. ¿Qué hará el hombre? ¿Qué hará Dios? La palabra creadora no puede perderse en el vacío de la nada. La misericordia de Dios se inclina sobre el hombre, y la torna en palabra de amor: —Rehagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Vayamos en ayuda del hombre: llamémoslo, justifiquémoslo, santifiquémoslo. Un plan de amor salvador, un proyecto de deificación del hombre. Se realizará en el tiempo:

Revelación, elección, vocación, ley, alianzas, constitución de un pueblo, sacerdocio, profetismo . . . Y, "llegada la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo para que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Padre! "[4]. Es decir, Dios es total y definitivamente para el hombre. Ahí está para liberarlo, para unirlo con El, para transfigurarlo en El. Esta es la verdadera adopción, dice San Juan de la Cruz.

Toda esta acción de Dios se concreta y se expresa en el "acontecimiento Cristo" que plenifica y perfecciona las antiguas ayudas e instaura una nueva economía, un nuevo orden y es el origen de una realidad sacramental de salvación universal: la Iglesia, prolongación y presencialización de su Persona, de su Misterio, de su Misión en favor del hombre, y como depositaria única del tesoro salvífico e imagen y fuente de su santidad: la Iglesia santa y santificadora.

Fin de la Iglesia es, pues, salvar, santificar al hombre; todo medio conducente a este fin dimana de ello y solo en su suelo alcanza plena validez. Fe, gracia, vida sacramental, oración, ascesis; Escritura, magisterio, ministerios, carismas, etc. Uno de estos medios cuya misión específica es ayudar al pleno desarrollo de la vida cristiana en las almas, es la dirección espiritual. Por eso entra de lleno en el misterio de la Iglesia, de ella extrae su valor y eficacia, la realiza, la presencializa: "Donde dos o más se junten en mi nombre ahí estoy yo"[5]. Ahí está la Iglesia.

Imposible encerrar en breves palabras una eclesiología. Unos conceptos nada más, por vía de ilustración y como fundamento de lo dicho.

[1] 1 Pe. 1,15-16.

[2] 1 Tes. 4,3.

[3] Gen. 1,26-27.

[4] Gal. 1,4-6.

[5] Mat. 18,20.

La Iglesia, desde su origen, por su naturaleza y por su finalidad, es esencialmente social: Reunión, congregación de creyentes, comunidad de fe reunida en torno a Dios que es su centro. Pueblo de Dios: pueblo santo, linaje escogido, sacerdocio regio. Pueblo en el que todos los "llamados, justificados y santificados" gozan de una igualdad fundamental que excluye en absoluto toda casta, toda clase, todo privilegio, no obstante la necesaria diferenciación establecida por Dios. Igualdad que no es anarquía, sino ordenación en la caridad y al servicio de los miembros. Dentro de esta igualdad fundamental, como servicio de caridad y como ejercicio del sacerdocio regio, se inscribe la dirección espiritual. Relación de fraternidad, no de dominio.

La Iglesia es creación del Espíritu, su templo y su edificio en el que todos los "bautizados en el Espíritu Santo"[6] son hijos de Dios y unidad en Cristo. "Uno mismo es el Espíritu"[7]. Pueblo santo nacido del Espíritu —don específico de la Nueva Alianza— que al derramarse sobre la comunidad y sobre cada uno de sus miembros, inaugura la "nueva creación en Cristo" y un nuevo régimen de gracia y de santidad a imagen de la santidad misma del Hijo de Dios. Santidad que, si bien constituye el íntimo ser de la Iglesia, está llamada a crecer bajo el impulso del mismo Espíritu, el cual, para este fin, crea llamamientos, ministerios, funciones y suscita carismas diversos dentro de la unidad esencial; no es un caos de ministerios y carismas: todos ellos deben conocer una subordinación al Espíritu aun cuando todo miembro sea inmediatamente enseñado y movido por El. Toda santidad comienza en el Espíritu, es creación suya, es alimentada y vivificada por El y es El quien la lleva a su plenitud. Como colaboradora del Espíritu en la santificación de las almas colocamos la dirección espiritual en la línea de los carismas.

La Iglesia es también cuerpo de Cristo. Es el Espíritu quien, por el bautismo, incorpora a cada uno como miembro de este cuerpo: "Siendo muchos, forman un solo cuerpo . . . Vosotros sois cuerpo de Cristo"[8] Unidad, incorporación: no simple yuxtaposición desvinculada y desarticulada, sino unión de tal manera íntima por la caridad, que a la vez que ordena a todos y cada uno de los miembros para el servicio mutuo, excluye por sí misma todo individualismo, todo aislacionismo, toda autosuficiencia. Aquí no hay individuos porque todos están incorporados a un mismo cuerpo que es Cristo y cada uno es miembro del otro[9]. "Este cuerpo crece en aumento divino, alimentado, trabado, unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren según la operación de cada miembro . . . hasta que todos lleguemos a la plenitud de Cristo"[10]. Para la edificación de este cuerpo a cada uno se le ha dado una medida de gracia y se la ha encargado un servicio en orden a distribuír la vida de Cristo a los miembros: caridad vivida en la verdad[11]. Cultivar la vida de Cristo en las almas y llevarla a su plenitud, es la labor de la dirección espiritual: esta es su "gracia", su servicio dentro del cuerpo de Cristo.

[6] Mc. 1,8.

[7] Ef. 2,18; 1 Cor. 12,4.

[8] 1 Cor. 12, 27; Rom. 12, 4-8.

[9] 1 Cor. 12,27.

[10] Ef. 4,13; Col. 1,19-20.

[11] L.G., 7.

Conclusión: la dirección espiritual se integra plenamente en el misterio de la Iglesia, lo expresa y está a su servicio.

b. Servicio eclesial

Para cumplir su cometido, la dirección espiritual se sitúa en la Iglesia, permanece en ella, y trabaja con los contenidos mismos de la revelación y con el tesoro espiritual de la Iglesia. Como carisma creado y confirmado por el Espíritu, se subordina a El y se coloca como humilde servidora de su acción santificadora, en orden a ayudar a los hermanos a alcanzar su plenitud. Parte de un designio divino; trabaja con el germen de la vida divina depositado en las almas, propicia su desarrollo armónico y lo lleva a su madurez total. Lee, descubre el misterio de Dios en cada alma a través de llamadas y exigencias íntimas y absolutamente personales; ilumina, orienta, estimula, sostiene, respeta. No se impone sobre la libertad personal, ni la afecta: la cultiva y la educa. Llega cuando la llaman, sirve mientras la juzgan necesaria, y sabe retirarse cuando se la considera inútil o innecesaria.

Dentro de la constitución jerárquica de la Iglesia, no es un estamento canónico regulado por leyes especiales. Se ha quedado con el vuelo del Espíritu. En cuanto carisma, puede ir aneja al sacerdocio ministerial y como parte preeminente de su misión. Hasta ahora ha sido lo común. Así lo hemos aceptado y vivido, y por este canal ha hecho de muchas almas una santidad realizada de la Iglesia y para la Iglesia. Es su máximo orgullo, valoración y justitificación de su existencia. Pero como carisma, puede darse dentro del sacerdocio general, no como privilegio, sino en vista de la naturaleza misma de la Iglesia. Cuando sé que el sacerdocio bautismal es creción del Espíritu con miras a la edificación del cuerpo de Cristo, mi fe no debe vacilar: un sacerdote, una superiora, una co-hermana, un laico capacitado, pueden perfectamente acompañarme en mi camino hacia la realización de mi ser sobrenatural. Ellos son "luz del mundo y sal de la tierra"[12].

La Iglesia, por su parte, ha hecho suyo este medio de colaboración fraterna. La ha tenido en gran aprecio como colaboradora en su misión salvífica. Ha orientado su desarrollo y ha presidido su evolución y su acomodación a las distintas épocas y culturas. No se trata, ciertamente, de un dogma de fe, pero se inserta en nuestra fe y en nuestro sentido de Iglesia de tal manera que nuestra posición de aceptación o de rechazo, constituye una nota de nuestra eclesialidad.

2. El hombre, sujeto de la dirección espiritual

Fin de la Iglesia es salvar al hombre, re-haciéndolo hasta su plena configuración con Cristo. Es aquí donde la Iglesia y el hombre mismo, necesitan la dirección espiritual.

¿Pero es que el hombre, el superhombre de hoy, precisa de alguna ayuda?

¿Quién es ese hombre?

Dios mismo lo define al crearlo: IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS.

[12] Mat. 13-14.

En realidad el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado[13]. En el misterio de Cristo "muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación"[14]

El hombre nació perfecto en las manos de Dios: a imagen y semejanza suya. Pero esta imagen se autodestruyó y su semejanza con Dios desapareció. A partir del pecado original, el hombre está hecho como simple creatura, pero NO ESTA HECHO como hijo de Dios. Radicalmente incapaz de rehabilitarse, es Dios mismo quien debe re-hacerlo, re-crearlo, porque es el único que puede llegar hasta las raíces y hasta las estructuras profundas que hay que cambiar y renovar.

Triste situación la del hombre caído: unidad y antagonismo; dualismo casi espontáneo como constitutivo de su misma naturaleza; lucha penosa contra sí mismo: materia y espíritu, frente a frente disputándose el dominio del ser; consiguiente ruptura de toda unidad y de toda armonía, secuela necesaria de limitaciones, ignorancias e impotencias. Realidad pavorosa que todos constatamos en nuestro propio ser y que arranca de nuestra entraña el mismo grito de Pablo: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ". La respuesta la da la certeza de nuestra fe: "Gracias a Dios, por Jesucristo"[15].

La rehabilitación del hombre precisa de un largo, penoso y perseverante esfuerzo. Su dualismo y su antagonismo solo son superables en Cristo. Su unidad y armonía serán recobradas en su unión y transformación en Dios. No otro es el proceso de la vida espiritual. El dibujo del Monte de la perfección, de San Juan de la Cruz es una ilustración completa de este proceso.

El hombre debe comenzar por aceptar desde una fe libre, el mensaje salvador de Cristo. Debe ser "bautizado en el Espíritu": elevado a la dignidad de hijo de Dios, entra a formar parte del pueblo santo, es incorporado al cuerpo de Cristo y queda consagrado templo del Espíritu. En adelante ya es "unidad" con los hermanos en espera de la consumación escatológica en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; en espera de su deificación total: "Esta es la verdadera adopción como hijos", en frase de San Juan de la Cruz. Esta es la plenitud del hombre.

Plenitud, resultante de la acción del Padre, que llamó; del Hijo, que redimió; del Espíritu Santo, que santificó; y de la comunión con los hermanos.

Pero este hombre "llamado", "redimido" y "santificado", ¿ya está en su plenitud? No. Debe conquistarla con su propio esfuerzo, con la ayuda de toda una economía salvadora y con la colaboración de sus hermanos.

La visión real de nuestra situación actual como redimidos la encontramos en los capítulos 5-8 de la Carta a los romanos. Una serie de antítesis expresivas del antagonismo feroz que nos destroza, y de las ansias de plenitud que nos martirizan al mismo tiempo que nos lanzan a Dios. Leamos a Pablo: "carne y espíritu, muerte y vida, esclavitud y

[13] G.S., 22.

[14] Rom. 4,25.

[15] Rom. 7,25.

libertad, tinieblas y luz, pecado y gracia; hombre viejo y hombre nuevo, Adán y Cristo". Las consignas de Pablo, como las de Cristo, son implacables, definitivas, de un radicalismo insoslayable: NO, al pecado. NO, a las obras de la carne, enemiga de Dios. Vida nueva para Dios en Cristo, vida según el espíritu. Vida de hijos de Dios.

El hombre redimido continúa carnal, incapaz de lo espiritual, cerrado a Dios. Dos caminos se abren a su libertad: el de la divinización, que pasa por la cruz, y el de una deshumanización creciente, que termina en la animalización. En el primer caso el hombre no está solo. El camino hacia la plenitud es arduo pero realizable en la Iglesia, con Cristo, en el Espíritu y en compañía de los hermanos.

3. Necesidad y actualidad de la dirección espiritual

a. Necesidad

Este apartado es casi una síntesis de todo lo anterior. Desde el misterio de la Iglesia y desde la situación presente del hombre, hemos considerado la dirección espiritual como un servicio carismático, como una expresión de la caridad fraterna. De todos modos como una ayuda necesaria para el hombre y reclamada por su misma condición de indigencia. Desde cualquier situación o condición en que se encuentre, el hombre ha buscado siempre la ayuda de sus semejantes. Jamás la ha considerado insultante para su dignidad ni destructiva de su personalidad. La ha visto como necesaria complementariedad en el logro de su perfeccionamiento. Y esto, a todos los niveles.

En el campo espiritual, la ayuda se presenta tanto más necesaria cuanto el espíritu está por encima de la materia y en la medida en que el destino sobrenatural sobrepuja la condición simplemente creatural del hombre. Esta ha sido una constante a través de los siglos y de las culturas. "Nadie es bastante fuerte para librarse de las funestas influencias que nos apartan del bien. Es menester que alguien nos dé la mano y nos guíe"[16]. Así se pensaba en la Roma pagana. Y valga por todas las grandes religiones espirituales el sentir de Gandhi: "Creo en la teoría del Gurú y en su importancia en la vida espiritual . . . No es posible el verdadero conocimiento espiritual sin la ayuda del Gurú. Solo un maestro que posea una perfecta sabiduría espiritual puede ser escogido como Gurú".

En la medida en que la vocación y el ideal cristianos superan cualquier otro ideal religioso, se hace más acuciante la necesidad de ser ayudados. Conocedor de la incapacidad humana, Dios mismo se ha dado al hombre y le ha dado toda una economía de salvación. La ha encerrado en la Iglesia para que sea administrada por el hombre mismo en favor de sus hermanos. La dirección, como parte de esta economía, es necesaria. Entra en los designios divinos: "Es Dios tan amigo que el gobierno y trato del hombre sea también por otros hombres semejantes a él y que por razón natural sea el hombre regido y gobernado, que totalmente quiere que las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no les demos entero crédito ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura, hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre"[17].

[16] Cit. Raúl Plus, Dirección espiritual, p. 12.

[17] Subida del Monte Carmelo II, 22, 9.

La necesidad de la dirección espiritual ha de considerarla cada quien desde su dignidad e hijo de Dios y miembro de la Iglesia. Desde las exigencias íntimas y personalísimas de Dios y desde su capacidad de respuesta; desde su situación presente y su tensión escatológica. Desde la humilde conciencia de su pobreza, o desde su personalismo autosuficiente. Desde su libre decisión por Dios en entrega de amor. La respuesta que cada uno formule le dará la calidad de su cristianismo como consagrado.

b. Actualidad

Para quien aún conserve el sentido de Dios, de la Iglesia y de su cristianismo, la dirección espiritual será una realidad siempre actual. Como actual es Dios y actuales son sus exigencias.

Pero es que, además, a nivel eclesial y universal, asistimos al pronunciamiento de fenómenos que la postulan. Se trata, por una parte, de un verdadero despertar de la vida espiritual, a una hambre insaciable de experiencia de Dios, a una vida de oración y de contemplación profundas. Fenómeno ante el que Karl Rahner no duda en afirmar: "Cabría decir que el cristiano del futuro, o será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano"[18]. Fenómeno que, necesariamente, precisa de guías que lo conduzcan a través del mundo de las experiencias divinas.

Paralelamente, y como consecuencia de la fuerte crisis de valores que vivimos; como consecuencia también del movimiento renovador, que ha sacudido todas las instituciones, estructuras e ideologías; en medio de una carencia de seguridad, de estabilidad, de objetivos claros, de confusionismo desorientador, necesitamos quien nos guíe hacia la verdad completa.

La necesidad se deja sentir más acuciante en relación con la vida religiosa en cuanto más cargada de exigencias divinas, y víctima en tantos casos, de fáciles equivocaciones y de apreciaciones no siempre justificables. Cuántas lamentables situaciones individuales y comunitarias se habrían evitado o habrían tomado un rumbo diferente de haber tenido a tiempo, a su lado, un auténtico hombre de Dios capaz de leer y de interpretar la historia y su evolución a la luz de Dios.

Todo esto hace pensar que es ésta la hora de la dirección espiritual. Una dirección que a la luz de lo expuesto, ya no puede presentarse como dominio sobre la persona ni como paternalismo, inadmisible hoy, sino que, repitámoslo, toma la forma de una expresión preciosa de la caridad fraterna. Una dirección espiritual, además, de tipo individual que no puede ser sustituída por una formación en grupo: cada alma es un mundo único con su historia y su geografía irrepetibles, como encarnación de un designio divino único también, sobre el que resuena, insistente, una llamada personal que espera una respuesta personal.

En los planes de Dios, hay un camino para cada alma y quizá no lo hemos descubierto . . . Tal vez vayamos por atajos diferentes, equivocados . . . Pidamos ayuda. Busquemos luz, orientación, sonsejo: ¿un sacerdote? ¿una superiora? ¿una cohermana? El

[18] Escritos de Teología. VII, p. 25.

Espíritu sopla donde quiere, como quiere, cuando quiere. Puede reservarse él mismo la dirección de un alma, pero lo ordinario es conducirla a través de los medios que El mismo ha creado como instrumentos de su acción. Rechazar, menospreciar estos medios no es menos que rechazar a su autor; no es menos que una renuncia a nuestro patrimonio espiritual y a nuestros derechos dentro de la comunidad eclesial. Y por ende, una renuncia a nuestra propia plenitud.

> Siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó.
>
> Santa Teresa, Vida 5, 3

¿ Dirección espiritual o dirección del espíritu ?

Darío Restrepo L.

" . . . Entonces Padre, ¿qué tengo que hacer? "

Esta pregunta, al parecer tan simple, determinó por mucho tiempo el punto básico de la llamada *"dirección espiritual"*. Los mismos términos de "director" y "dirigido" ("Padre" e "hijo espiritual"), tomados en su sentido literal y estricto, trazaron durante decenios los derroteros de este diálogo religioso.

Una persona cronológica y psicológicamente adulta, adoptaba de esta manera un comportamiento infantil en materia de fe y de vida espiritual[1]. Esto sucedía con la anuencia, aunque inconsciente, del mismo director, quien por sí solo buscaba, encontraba y ordenaba la "solución" del problema consultado. Al 'dirigido' no le quedaba otra tarea que la de obedecer y cumplir fielmente lo ordenado por su 'director'.

Este retrato, que a más de uno puede parecer caricatura de la entrevista espiritual, fue demasiado frecuente y tradicional. La historia de la espiritualidad nos demuestra que el término "dirección" fue tomado muy en serio, ¡quizá demasiado en serio! Algunos directores espirituales y muchos de sus dirigidos se guiaron en este punto por el sentido literal de estas palabras para concluír en un mandato espiritual de parte del director que hablaba 'en nombre de Dios', y en una obediencia ciega y completamente pasiva por parte del dirigido.

Semejante manera de proceder acarreó numerosos perjuicios a quienes acudieron

[1] No se debe confundir un comportamiento infantil en materia de vida espiritual con la "infancia espiritual" que como vía de perfección implica todo lo contrario: una gran madurez y consciencia en la vía del Espíritu hasta la simplicidad evangélica.

en *busca de una 'solución'* para sus dificultades religiosas. La "santidad" del director —se pensaba—, suplía todo lo demás, tanto en lo referente al director como en lo que concernía al dirigido. La ciencia que aquel debía tener, su experiencia, su capacidad de suscitar en su interlocutor una colaboración activa, madura y responsable, quedaron oscurecidos por el halo de su procalamada santidad.

Ya Santa Teresa de Jesús denunciaba este equívoco[2] adoctrinada por su triste experiencia del fracaso con varios directores de solo buena voluntad, que la dirigieron según sus conocimientos espirituales sin tener en cuenta el camino particular por donde el Espíritu conducía a la Mística Doctora. No se debería este fallo al hecho de querer conducir los directores a sus dirigidos por el mismo camino por donde Dios los conducía a ellos? ¿La voluntad de Dios se puede identificar sin más con la voluntad del director?

El problema puede plantearse en la siguiente forma. Qué relación hay entre estos dos enunciados: "Dirección Espiritual" y/o "Dirección del Espíritu". Existe una disyuntiva (o), o hay una relación de unión indisoluble (y), entre ellos.

Estas reflexiones nos han llevado ante la puerta de un interrogante fundamental: qué se entiende por "Dirección Espiritual". ¿Preguntarnos sobre esto no es incurrir en una discusión "bizantina", cabe decir, inútil? ¿Estamos seguros de que los mayores beneficiarios de esta 'dirección', los religiosos, entendemos su sentido correctamente?

En la entrevista religiosa, quién es el "director": ¿el sacerdote interlocutor[3] (u otro que desempeña esta misión), o el Espíritu Santo? ¿No hemos comprobado con frecuencia, tanto 'directores' como 'dirigidos', que en el orden de los hechos el Espíritu Santo ha pasado a segundo plano cuando no ha quedado completamente suplantado? ¿La penosa experiencia de las equivovaciones cometidas en la vía del Espíritu no nos ha demostrado a unos y a otros, que sin dudar de nuestra buena voluntad, hemos errado por completo por falta de docilidad al Espíritu de la Verdad en los dos interlocutores?

Esta humilde pero muy provechosa comprobación nos descubre el punto capital de una auténtica "dirección espiritual":

[2] Dice la Santa que durante diecisiete años estuvo engañada por las desacertadas orientaciones que sus directores espirituales de esta época: "siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados . . . Estos otros [confesores] tampoco me debían de querer engañar sino no sabían más . . . Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen a mí. Yo engañé a otras hartas con decirles lo mismo que a mí me habían dicho . . .". STA. TERESA DE JESUS, *Obras Completas,* Ediciones Aguilar, Madrid, 1951. *Vida,* cp. V, p. 42.

"Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar y traer un alma sin entenderla, ni dejarla a sí misma entender . . . ; Yo he topado almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí porque no entendiendo el espíritu [los doctores espirituales], afligen alma y cuerpo y estorban el aprovechamiento . . . ". O.c., cp. XIII, p. 78. Véase también la p. 79. En el *Camino de Perfección,* o.c., cp. V, p. 278s., habla de la necesidad de "letras" en los confesores [directores].

[3] Dada la ambigüedad del término "director", algunos prefieren hoy otra terminología. Lo llaman "Padre espiritual", "consejero u orientador espiritual", y a la misma relación, "diálogo espiritual", etc. No obstante, no tenemos reparo en seguir usando el término clásido de "dirección o director espiritual" siempre y cuando que a cada uno de los interlocutores de este diálogo se le asigne el papel que le corresponde. Cf. LAPLACE Jean: *El Diálogo Espiritual* (La dirección de conciencia). Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza, 1967, p. 9. Cf. además p. 14ss.: "Quejas contra la Dirección [espiritual]".

el *"discernimiento de espíritus"*. ¿Cuál es su papel dentro del diálogo de conciencia?

La dirección *"espiritual"* en cuanto espiritual es precisamente una obra del Espíritu Santo quien es el único que puede hacer que el hombre no se rija por criterios simplemente naturales, psíquicos, "según la carne" sino por criterios sobrenaturales, espirituales, "según el espíritu"[4]. Dirección Espiritual por consiguiente significa y debe significar una "Dirección según el ESPIRITU (con mayúsculas), es decir, según el Espíritu Santo.

Este es precisamente el objetivo del "discernimiento de espíritus" y en último término, de toda dirección espiritual. Entre las múltiples voces de nuestro tiempo, entre los distintos espíritus (espíritu del mal, del hombre carnal y mundano, del hombre 'psíquico'[5], en las diversas posibilidades ante el bien, etc.), llegar a detectar, mediante un discernimiento personal y en común con el director espiritual, cuál es la voz del Espíritu Santo, cuál es la voluntad concreta de Dios sobre mí "aquí" y "ahora" en el "hoy" de mi propia historia de salvación en relación con mi "fraternidad" (Iglesia, comunidad, equipo apostólico . . .)[6].

La dirección espiritual no solo pretende hacernos zanjar en profundidad los linderos que separan al bien del mal. Mediante el discernimiento de espíritus nos entrena para poder distinguir entre las varias posibilidades que se nos ofrecen en el campo del bien, cuál es la voluntad concreta de Dios. No todo lo bueno por ser bueno es voluntad de Dios sobre mí aquí y ahora[7]. Es necesario examinar todas estas posibilidades para escoger no solo lo bueno[8] sino tratar de acertar con lo que según la voluntad divina para mí, es "lo bueno, lo agradable, lo perfecto"[9].

Esto no se podrá obtener, si tanto el director como aquél a quien orienta, no se someten con plena y total docilidad al Espíritu, verdadero Director de la conciencia humana. El diálogo espiritual será por lo tanto una búsqueda en común de la voz del Espíritu en la que el director presta su ayuda espiritual[10] para que su interlocutor pueda llegar a comunicarse directamente con Dios, sin interferencias que le impidan buscar y hallar la voluntad de Dios sobre el destino de su vida.

La dirección espiritual pretende "acertar" en la búsqueda y encuentro de esta voluntad divina y "asegurar" el cumplimiento de la misma. Pero esta "certeza" no la puede garantizar el director[11] sino solo el Espíritu de Verdad.

El oficio del guía espiritual no es pues el de un "director" en el sentido más propio y común de la palabra. El, ordinariamente no debe "dirigir" el diálogo dando soluciones hechas[12], a no ser en casos extremos o con personas perturbadas psíquica-

4 "Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu es espíritu" —Jn. 3,6—.

5 Cf. *Evangelica Testificatio* de Paulo VI, n. 38.

6 Notemos de paso la relación que existe entre una dirección espiritual comunitaria (corrección fraterna, revisión de vida, grupo de oración, etc.) y la dirección espiritual personal, complemento indispensable de la anterior.

7 "Todo me es lícito mas no todo me conviene", dice S. Pablo en 1a. Cor. 6,12.

8 1a. Tes. 5,21.

9 Rom. 12,2.

10 Como instructor inicialmente y luego más como cooperador y orientador.

11 ". . . hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor". STA. TERESA DE JESUS, *Camino de Perfección* o.c., p. 288.

12 Por este aspecto su acción se asemeja a la actitud de "no-directividad".

mente. La persona que acude a él debe conservar intacta toda su libertad personal bajo la moción interior donde el Espíritu tiene toda la iniciativa para inspirar lo que quiera, donde y como El lo quiera. Y el director tendrá que guardarse muy bien de sustituír o de interferir esta acción del Espíritu sin darse muchas veces plena cuenta de ello.

El director será por lo tanto solo un 'coadjutor' de la gracia divina, alguien que ejerce una 'diaconía' del Espíritu. Por eso su misión es la de co-laborar, la de con-currir y co-operar a la acción divina en la persona de su interlocutor. Su papel corresponde al del "instructor" que ayuda a preparar y disponer a otro para que pueda luego hacer por sí mismo y de modo ordinario, un discernimiento en su propia vida espiritual. No es instructor de principios teóricos (profesor), sino de los elementos necesarios para esta acción. Se asemeja a un "instructor de vuelo" quien indica lo que hay que hacer para poder volar solo. Es más un "entrenador" de ejercicios que un expositor de ellos. Es "el que hace hacer"; no el que soluciona sino el que suministra elementos y orientaciones que ayuden al otro a solucionar sus problemas según Dios.

Pero si él no debe ser un "director" en el sentido explicado anteriormente, tampoco será un simple espejo, mudo testigo de un combate interior del que acude a él. Su deber es el de presentar y ser testigo de las coordenadas evangélicas necesarias para que el que vive esa experiencia goce de completa libertad espiritual, garantía de su propia decisión y elección. El director instruye, ayuda, orienta, corrige y asesora[13] de manera especial en lo referente al discernimiento de espíritus.

Según la tradición[14] el director espiritual hasta hace algún tiempo, con los datos suministrados por el dirigido, hacia el discernimiento y le comunicaba a este lo que debería hacer. Pero desde que se ha redescubierto el sentido y finalidad del discernimiento[15], el director hace que su interlocutor tome parte esencial y activa en el mismo proceso. El Concilio Vaticano II en el decreto "Perfectae Caritatis", al cambiar el enfoque de la obediencia (pasiva) religiosa, modificó en este mismo sentido por las implicaciones de esta obediencia, el papel que debe tener la persona que busca un consejo espiritual. Dice este decreto (n. 14), hablando a los superiores, que lleven a sus súbditos a que *"... empleando las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad, así como los dones de la naturaleza y de la gracia ... cooperen con obediencia activa y responsable ..."*. Esto mismo debe aplicarse a la actitud de toda persona que acude en búsqueda de una ayuda espiritual en el diálogo de conciencia.

La dirección espiritual es por consiguiente una relación dialogal entre dos personas, director y discípulo espiritual, en que el primero presta al segundo una ayuda espiritual en orden a conocer y a cumplir la voluntad divina sobre este, mediante su activa colaboración y responsabilidad. Son dos papeles igualmente activos aunque en distinto plano. El modo, orden, materia y

[13] En este sentido el diálogo espiritual se podría llamar "directivo".

[14] Cf. la historia del "Discernimiento de Espíritus" en el *Dictionnaire de Spiritualité*, v. III, art. 'Discernement des Esprits', col. 1222ss.

[15] S. Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales* [nn. 313-327; 328-336; 4,6-10,17 ...] introdujo (a partir de su conversión en 1521) un método de discernimiento que debe ser practicado tanto por el director de Ejercicios como por el ejercitante para llegar, en un trabajo común, a descubrir la voluntad concreta de Dios en un determinado momento de la vida. Este mismo método se aplicó a la dirección espiritual.

frecuencia del diálogo están condicionados a la persona que busca la dirección, a la que el director debe adaptarse en función del fin buscado. Esto significa que no hay una manera universal de llevar esta dirección espiritual ni una fórmula preestablecida de solución a los problemas religiosos, válida para todos los casos. La relación que se establecerá en este diálogo espiritual no preexiste al diálogo mismo; se hace en él y por él, está condicionado necesariamente por él.

El Espíritu Santo en cuanto Espíritu es imprevisible, inefable, inaccesible. El Espíritu como el viento sopla donde quiere. Y su acción en el hombre conserva estas mismas características. Por eso no es manipulable, no es clasificable, es siempre el "Creator Spiritus". Solo una completa docilidad a su paso por la vida del hombre podrá permitir que sus gracias (carismas), sean reconocibles "en espíritu y en verdad", dentro de la Iglesia, por una acertada dirección espiritual que enseñe a leer las huellas de su visita en un auténtico *"discernimiento según el ESPIRITU"*.

Adviertan estos tales (los directores espirituales) que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas y que ellos sólo son instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una.

S. Juan de la Cruz, Llama 3, 46

¿ Se debe tener miedo al psicólogo ?

¿ En qué puede ayudar la psicología a la vida religiosa ?

Salvador López

Existen hoy en nuestra sociedad dos cosas que parecen contradictorias:

La fe ciega en el psicólogo y el miedo al psicólogo.

Las dos suponen ignorancia de lo que es la psicología y de lo que hace el psicólogo.

La fe ciega es supersticiosa y supone ignorancia de las limitaciones de la psicología: Se le pide el remedio de males que están muy lejos de sus posibilidades y solución de problemas que no son de su incumbencia. Por ejemplo: con frecuencia se la toma como un sustituto de la religión por quienes no saben ni lo que es Psicología, ni lo que es religión.

Pero también se la teme y se le tiene prevención injustificada. Tanto el temor como la prevención suponen ignorancia y prejuicios. Se ignoran los límites del quehacer psicológico, porque no es fácil saber los límites dentro de los cuales debe operar la psicología y por consiguiente el psicólogo. No es raro que esto lo ignoren los legos en esta rama del saber, cuando no lo saben bien los mismos peritos . . . ¿Quién ignora que insignes psicólogos, como Freud y otros, ¿se han salido de los justos límites de su ciencia?

Pero, como aquí no hablamos para todos, sino para un público específico, existen entre los religiosos (tal vez más entre las religiosas, aunque yo soy un admirador de los ingentes progresos que se han hecho en la promoción cultural de las mismas) quienes aún ignoran con precisión qué es lo que le toca hacer a un psicólogo y por ello dudan de la

eficacia de su labor o la niegan sin más. Tienen derecho a hacerlo, mientras no tengan pruebas de una cosa y de otra.

Por eso en estas líneas nos proponemos exponer con toda claridad de que seamos capaces, el área a que se circunscribe el trabajo del psicólogo y la trascendencia que éste tiene para la vida religiosa. No lo haremos de una manera erudita sino sencilla, al alcance de los profanos en Psicología.

Misión del psicólogo en la tarea de llevar la vida religiosa a la madurez

En este artículo no es mi intención resolver problemas, sino plantearlos. El fin que persigo es hacer ver la misión del psicólogo en la difícil tarea de llevar a una persona que vive la vida religiosa institucional hasta la madurez de esta vida.

Procedamos planteando casos y viendo que en ellos la Psicología tiene una labor específica y aún más, que tal vez le corresponde la clave de la solución.

a. En el camino hacia la integración del sexo

Es cierto que todo religioso debe resolver el problema de la integración del sexo en la totalidad de su persona. O resuelve este problema o fracasa en su vida.

Ahora bien, este es un problema netamente psicológico, porque lo forman fuerzas específicamente psicológicas como son "el sentimiento de culpa", la madurez afectiva, el miedo, la acción de fuerzas reprimidas, la influencia que en la libertad tienen las fuerzas psíquicas que la combaten, la independencia afectiva, la confianza en sí mismo, el complejo de maldad propia, etc. etc. . . . El que no sepa controlar estas fuerzas, la fuente de donde manan y el proceso que siguen en su evolución, así como el punto que ocupan en cada momento en la psique, se verá imposibilitado de controlar esas fuerzas, de hacerlas concurrir a la madurez y la integración de la persona.

Para esta problamática no sirve la dirección espiritual sola. Yo diría que la dirección espiritual parte del presupuesto de que la persona dirigida es psíquicamente normal y sana. Si esto no se da, todo su trabajo puede quedar minado y trabajar tan en balde como el que edifica sobre un terreno minado por una corriente subterránea.

Mi trabajo en la Consejería de la Conferencia de Religiosos de Colombia parte de este principio y mi experiencia me ha demostrado que no me equivoqué en la suposición.

b. En la lucha contra el "complejo de inferioridad"

Una religiosa se encontraba en una situación psíquica lamentable: la causa era que su director espiritual "la había dejado por imposible", esto es, le había dicho que era incapaz de seguir tratándola, porque no adelantaba nada. La pobre quedó en una situación mortal, convencida de que no tenía remedio . . .

No debe creerse que todo mal tiene remedio. Por desgracia tanto en el cuerpo como en la psique hay males incurables. Pero aquel caso concretamente no era desesperado. No obstante su curación dependía de la Psicología, no exclusivamente de la Teología, aunque esta siempre es útil. Veamos por qué:

Se trataba de un caso en que había invadido toda la psique de una manera impresionante el "complejo de inferioridad". Yo diría más; un caso en que un "sentimiento" de inferioridad, mantenido durante mucho tiempo sobre el alma en situaciones continuadas y complicadas, se había convertido en COMPLEJO DE INFERIORIDAD, cuyas ramificaciones por la psique eran difíciles de precisar y no menos de erradicar.

Para esta tarea no está preparado un director espiritual por muy competente que sea. Le falta el estudio sobre las realidades de los "complejos"psíquicos como tales y sobre todo un método concreto y operativo de "terapia", una "psico-terapia".

Y es curiso este caso, porque precisamente ese "Complejo de inferioridad" está producido por la falta de "humildad" en el sentido más preciso del término en Teología. Pero al Director Espiritual le faltan los conocimientos precisos de diagnóstico y terapia de las consecuencias que ha producido en la psique esa falta de aceptación de las limitaciones.

c. **En la lucha contra los sentimientos**

Veamos otro caso también de competencia del Director Espiritual a primera vista:

Se trata de una persona que *siente* odio a otra de la misma comunidad.

Se puede aumentar el cuadro de referencia: Un religioso que es simpatiquísimo con los "de afuera" y le resulta imposible convivir con "los de dentro".

También aquí se trata de algo muy relacionado con la caridad, concepto tan teológico y cristiano.

En estos casos estamos frente a un efecto psíquico de los sentimientos: Amor, odio, aversión, rechazo, simpatía, antipatía, resentimiento, amargura, son diversas maneras de aparecer en la psique los sentimientos, afectos y pasiones.

¿Quién debe ocuparse de controlar todas estas realidades psíquicas, el psicólogo o el director espiritual? Los dos bajo aspectos diversos. Pero yo diría que le correspondería al director espiritual, cuando se trata de una persona psíquicamente normal, auténtica y madura, y al psicólogo, si la persona se halla enredada en procesos psíquicos complicados, que la hacen inmadura, o es de constitución psíquica débil o traumatizada.

En este caso no bastan consideraciones piadosas, aunque despojemos a este término de todo sentido peyorativo: Se precisa una técnica terapéutica precisa, obra del psicólogo, más que del director espiritual. Este se expone a que su trabajo dignísimo de respeto, se quede en la superficie y deje en el inconsciente la raíz oculta que mantiene desde abajo el renacer siempre nuevo de la aversión o el odio.

La tarea de controlar sentimientos es difícil, aun para el psicólogo más experto.

d. Promoviendo la fidelidad a Dios

Hay muchas personas consagradas que, confundidas ante sentimientos encontrados, creen que deben huír de la vida religiosa, "porque no son fieles a Dios". Les atormenta la conciencia de que "no están haciendo nada", de que "no están en su lugar", de que "entraron a la vida religiosa por la puerta falsa", de que "son indignas", de que "no son felices . . . ". Son muchas las razones que alegan para huír, cuando todos esos pensamientos no suelen ser otra cosa que consecuencias de tensiones psíquicas, de sentimientos de culpa o de inferioridad que los atormentan desde el inconsciente y en los cuales en modo alguno está implicada la vocación. No es cuestión de vocación, sino de enfermedad psíquica. Resuelta la enfermedad, puede volver a brillar otra vez la luz esplendorosa de la vocación.

Imaginémonos que se trata de una religiosa que fue educada en un puritanismo extremo por su mamá: todo debía hacerse rigurosamente; si se faltaba en lo más mínimo, se caía en la indignación de Dios; era preciso hacer todos los días la visita al Santísimo, sin excepciones; no se podía hacer concesión alguna a la moda; las mangas debían ser largas y lo mismo la falda: se medían por milímetros; una noche estuvo muchas horas de oración, llena de dudas torturantes pensando si debía acceder a la invitación de una amiga para ir a la playa y si debía usar el traje de baño y cómo . . .

Una religión así concebida, sume al alma en una tortura continua. Si esto cae en una conciencia estrecha, es posible que llegue a afectar el fondo del inconsciente y que después de algún tiempo surjan en la conciencia la sensación de que todo se hace mal, de que no es digna de estar entre santas; de que no ha hecho nada en muchos años. Incluso puede llegar a hacer su aparición la "angustia", la terrible sensación de una amargura sin límites.

Ante esta situación puede surgir la idea de que no se hace nada en la vida religiosa y de que, por lo mismo, se debe abandonar. Pero, para cualquiera que estudie el caso, será evidente que aquí no hay implicado un problema de vocación, sino de salud psíquica. Es necesario airear esa conciencia, abrirla a la vivencia real de que "Dios es amor" y no miedo; de que servir a Dios no es una cosa torturante, sino amable, riente, alegre . . . Se la debe llevar a que "se aprecie a sí misma", a que se vea tal cual es. Una persona llena de méritos, ganados en una vida santa y digna . . .

Puede encontrarse uno con un religioso que haya visto con miedo y con asombro que un día surge en su mente la idea de que él es un bufón, que payaso que no sirve a Dios con sinceridad y con autenticidad, que lo que le correspondería hacer sería huír, dejar de hacer el payaso. Y no obstante se trata de un religioso bueno, cuya vida ha sido una continua entrega y que ha servido siempre a los demás de estímulo y testimonio. ¿Cómo explicarlo y sobre todo cómo hacer que él mismo se encuentre tal como es y que vuelva a encontrar la paz y la alegría? Será necesario examinar detenidamente, empleando en ello mucho tiempo, sin cansarse, las raíces de esos sentimientos que surgen del fondo de su ser: ¿Cómo cayeron en ese fondo? ¿Cómo fue él mismo inconscientemente, alimentando esa fuente que ahora le está ahogando con las aguas amargas que de ellas manan?

He ahí otra tarea más del psicólogo que del Director Espiritual.

e. En busca de la alegría

¿Y qué se me da con una persona (sea hombre o mujer) que todo lo ve negro? Los Superiores no hacen nada bien; la vida religiosa se ha tornado invivible; las estructuras son ataduras que impiden todo movimiento, la gente no merece el sacrificio que se hace por ella; la Hermana X es intratable, gruñona, repugnante; el apostolado que hace la Comunidad es ineficaz y los métodos propios del siglo pasado; no avanzamos nada; cada día estamos peor . . .

Después de sentir que bullen estos pensamientos mucho tiempo en la cabeza, ¿qué otra cosa cabe hacer sino es coger la puerta e irse?

Y no obstante aquí no hay problema de vocación, sino de carácter. Se trata de un religioso PESIMISTA y cuanto ve lo cree negro, malo, imperfecto.

No conseguirá nada cambiarlo por medio de meditaciones o simples consejos: Será preciso hallar el resorte psíquico en que se apoya ese SENTIMIENTO PESIMISTA. La tarea no es ciertamente fácil, porque el pesimismo es como el escrúpulo: Revive continuamente, cuando se le creía vencido y dominado.

¿Cómo volver la alegría a esa alma pesimista? Cambiándole la mente: Unicamente así, porque su tristeza es consecuencia de su negra visión de la vida. Mientras ésta persista, la alegría será imposible. Los recursos serán mucho más propios del psicólogo que del director espiritual.

f. ¿Como hacer oración?

Ningún tema más propio del director espiritual que el de la oración y no obstante hay personas implicadas en ese problema a quienes un director espiritual, en cuanto tal, no conseguirá hacer dar un paso.

Existe un buen número de estas almas religiosas que tienen la sensación de que todos sus esfuerzos por hacer oración son inútiles, que han sido llevadas a ese problema como consecuencia del destrozo que en su alma ha hecho una enfermedad psíquica. De suerte que este problema, para ellas muy torturante, no es sino una consecuencia de otro problema más importante: Su neurosis paralizante. Mientras no se consiga arrancar el alma de esa neurosis, será imposible resolver el problema de su oración, mejor, de la sensación que ellas tienen de que no hacen nada en la oración. Podrá ocurrir, y yo así lo creo en ciertos casos, que esa "sensación" suya no corresponda a la realidad: Hasta sería posible que ante Dios esa persona tenga un extraordinario mérito en su oración, que para ella misma es nula, PORQUE no siente nada, porque está en la oración como un témpano de hielo, porque le es imposible decirle nada a Dios. En efecto, no le puede decir nada a Dios, pero tampoco le es posible decir nada a los hombres: Es su enfermedad la causante de esa frialdad, de esa insensibilidad. Es la SENSIBILIDAD la que está herida en esa persona y esa sensibilidad es la que hay que resucitar primero, si se quiere llevar algún alivio a esa persona, que sufre por no poder hacer oración.

De nuevo nos encontramos ante una tarea del psicólogo, más que del director espiritual.

g. Formando en la humildad

También es competencia del director espiritual la formación en la humildad evidentemente. Pero hay ocasiones en que esta tarea es complicada y el resultado está obstaculizado por fuerzas "complejas" de raíces muy ocultas:

Se trata de una Maestra de Novicias que muy bien sentada en su sillón en la dirección, manda que su mamá, que está a la puerta, pase hasta donde ella está, sin salir a recibirla y besarla y abrazarla . . . ¿Quién es esa religiosa, acaso un mostruo? No, sencillamente la antigua niña "consentida" por esa misma mamá que ahora espera a la puerta . . .

Este hecho, el ser CONSENTIDA, tiene muchas más consecuencias de las que puede suponer un director espiritual en cuanto director espiritual (puede suceder que él también sea psicólogo, pero ahora no tenemos en cuenta este posible hecho). El hecho del consentimiento en la infancia suele tener repercusiones psíquicas insospechables, como esa de que hablamos, que fue confesada entre lágrimas por la misma interesada.

Pero al lado de esa consecuencia había otras muchas, que habían hecho infecunda y casi trágica la vída de esa religiosa. Elevada por la mano de un psicólogo había llegado a verse tal como ella era y había llegado a ver cómo el consentimiento había sido para ella una verdadera "maldición". Enredos, debilidades, tropiezos, choques, caídas, disgustos y lágrimas habían sido la secuela triste de sus mimos en la infancia.

Llámase director espiritual o psicólogo, el que intente sacar a esta persona del enredo de su egoísmo cultívado en la infancia, tiene que tener una *"endiablada"* habilidad para analizar la psique y hacerle tocar con la mano que su estado es consecuencia de aquella fatal siembra de ego-centrismo y vanidad.

h. Buscando el equilibrio en la vida religiosa

Hay personas, también en la vida religiosa, cuyo caminar por la vida es tortuoso y conflictivo: Por donde pasan crean problemas y se enredan en enfrentamientos y choques.

Para remediar esto, se acostumbra a mandarlas a hacer ejercicíos espirituales: Van, los hacen, vuelven al trabajo y se vuelven a enredar en líos parecidos.

¿Qué ocurre? ¿Qué los Ejercicios son inútiles? No, en modo alguno, sino que antes de mandarlos a hacer ejercicios había que procurarles un tratamiento psíquico, esto es, había que procurarles alguien que les ayudara a encontrar ese misterioso "por qué" de su manera de caminar por la vida. ¿Por qué siempre líos? ¿Por qué parece que goza en crearlos? Sí, esa es precisamente la causa: Esa persona GOZA en crear líos. Ese es el hecho que necesita explicación y sobre todo ese es el hecho que debe ser llevado a la conciencia de la misma persona interesada porque es la única manera de librarla de si misma, de volverla a la paz, porque, aunque hemos afirmado que ella goza con eso, es también verdad que SUFRE por eso. Así de contradictorios somos los hombres. Esa misma persona ignora por qué se da en sí misma esa mezcla tan chocante de gozo malsano y de sufrimiento sincero.

¿Se sorprendería alguien, si oyera afirmar que todo procede de su orgullo? ¿Será creíble que la raíz última de esa desconcertante conducta fuera una cierta necesidad, alimentada allá lejos, en la infancia, de llamar la atención y de hacerse notar? Pues no sería sino uno de los infinitos amargos frutos de la siembra temprana de vanidad en el alma de tantas infelices niñas.

Y he ahí otra labor específicamente psicológica.

i. Otra clase de desequilibrio

Pero no es sólo el orgullo el causante de muchos desequilibrios. Lo es también la afectividad inmadura, esto es, fuera del control de la voluntad.

Una joven religiosa ejerce sobre las niñas del colegio una influencia desorbitada: La siguen como hipnotizadas; hacen cuanto les insinúa, realizan sacrificios que es inútil pretender que hagan por inspiración de otra persona alguna; la oyen ensimismadas . . .

De una manera vaga todas comprenden que allí existe algo raro. Pero es difícil decir qué. Las Superioras están perplejas: Ven que aquello no es normal, pero no saben decir por qué. Si intentan poner orden en aquel caos, equilibrio en aquella exaltación, se encuentra con que lo único que habría que hacer es alejarla de las niñas. Pero ¿por qué? ¿Qué motivo pueden poner para ese alejamiento? Es difícil concretar algo, y sobre todo algo culpable . . . Si, por fin, la alejan, las alumnas la acompañan a la estación y hay lágrimas y aún desmayos . . . Si ante sus reclamaciones de inocencia, se la permite volver, se apodera de las alumnas una especie de histeria . . .

¿Qué está pasando? Nada. Que esa persona es portadora tal vez inconsciente de una afectividad incontrolada e irradiante, que, como un imán, atrae a sí la afectividad muy sensible de las jovencitas. Se trata de una fuerza envolvente, acariciante, y fuerte que las adolescentes sienten sin advertirlo. Esto equivale a decir que la sienten en la zona pática, en la sensibilidad, pero que no se refleja claramente en la conciencia. Se dejan llevar, pues, sin el control de la reflexión, como una jovencita se deja llevar por el primer amor . . .

A veces esa afectividad incontrolada se ejerce sobre otra religiosa de la comunidad y cuantas veces, alarmadas por el fenómeno, la trasladan de residencia, cae en la misma trampa. Y, como se trata de fenómenos del fondo endotímico de la personalidad (del fondo sensible, del fondo afectivo) no son percibidos por la conciencia. La consecuencia inmediata es que las portadoras de esta sensibilidad desbordante se consideran perseguidas y ofendidas cada vez que las superioras alarmadas toman alguna medida para remediar el desorden.

Estamos ante otro fenómeno de la incumbencia del psicólogo.

j. Llevando algún alivio a un enfermo

Se ha dado repetidamente en comunidades religiosas el caso de un religioso enfermo, psíquicamente enfermo, que ha sido juzgado y condenado como hipócrita, astuto o

incluso pícaro, por sus hermanos. Estos no entendían su enfermedad. No lo hacían por malicia, pero sí con crueldad para el pobre enfermo. El desprecio o la condenación no se hace sin la amargura del paciente, doblemente dolorosa por tratarse de un dolor que se añade a otro dolor: Al dolor de la enfermedad se añade el dolor del desprecio y de la distancia y el aislamiento que produce la incomprensión.

Una religiosa es activa, trabajadora, diligente en su trabajo. Tal vez demasiado. De pronto, sin transición, se encierra en su habitación y permanece allá sin salir, sin hacer nada, sin comunicación ni actividad alguna. Esta conducta contradictoria desconcierta a la comunidad. Se la juzga y se la condena y queda cada día más aislada.

¿Cuál puede ser la causa? Pudiera tal vez deberse a una enfermedad grave: LA DEPRESION periódica que esa persona sufre. Es típico de esas personas la alternancia de un "entusiasmo" seguido de una "depresión". Ese cambio es repentino, sin transición'. Si las superioras y las hermanas superan esto, en lugar de murmurar de la pobre enferma, la asistirían más que nunca en su estado que es de una amargura intensísima en el período de DEPRESION (este cambio es repentino). Que al menos esa pobre religiosa tenga el consuelo de la comprensión de sus hermanas.

* * *

Un religioso sufre en su ministerio: No tiene habilidad para desempeñarlo y en lugar de placer le procura frustraciones y amarguras. Si la incomprensión de sus hermanos y superiores le impide dejarlo, puede suceder que venga el inconsciente en su ayuda y de pronto empiece a decir que se ha quedado ciego. Lo ve el oculista y declara que el ojo está normal. Esto deja al religioso en una posición desairada. Pero él siente que no ve. ¿Qué ha pasado? Que el inconsciente ha urdido una jugada para liberarlo de la tortura psíquica que le produce su trabajo (por ejemplo el dictar clases) ha inventado una ceguera que no es fisiológica (el médico tiene razón), sino psíquica (el religioso también la tiene: ¡no ve!). Sólo la intervención de un psicólogo puede reconciliar pareceres tan opuestos e incompatibles.

CONCLUSION

La lista de los casos en que la psicología puede ayudar a la vida religiosa pudiera continuarse indefinidamente. Nunca faltarán los casos.

De lo cual podemos concluír que la labor del psicólogo no tiene nada de misteriosa, ni de imprecisa, ni de temible. La enfermedad psíquica es tan determinable como la somática. Y la labor del psicólogo es tan precisa y necesaria como la del médico, mejor, como la del higienista.

Es además útil, para las religiosas sobre todo, el hecho de que el psicólogo sea a la vez sacerdote. Ya hemos dicho repetidas veces que lo que se le debe pedir es un trabajo específicamente psicológico, pero precisamente para que pueda realizarlo, es muy útil su condición de sacerdote, por esta razón:

He constatado MUCHAS veces que yo he podido realizar una labor psicoterapéutica, porque *mi condición DE SACERDOTE* hizo que la religiosa se abriera a mí TOTALMENTE, cosa que no se había atrevido a hacer con el psicólogo laico, al que había consultado anteriormente. Y a veces no sin razón: Los "problemas de un religioso" (sea hombre o mujer) no los entiende el mundo de hoy y con demasiada frecuencia —esto es una rigurosa constatación— se dejan llevar de prejuicios contra la vida religiosa en vez de inspirarse en la ciencia, suponiendo que la tienen. Por jemplo: No a una, sino a muchas religiosas les ha ocurrido que al ir a consultar algún problema psíquico de origen sexual, se han encontrado con médicos psico-analistas (freudianos) que las han enredado más y que las han aconsejado sin más que salgan de la vida religiosa PORQUE NO TIENEN VOCACION. Esto ha creado en la pobre religiosa un problema cien veces mayor que el que fueron a consultar, porque ellas, SIENTEN que sí tienen vocación y eso es verdad. La vocación está por encima y más allá de la enfermedad. Curada la enfermedad (para eso se ve a un psicólogo) se quitan los obstáculos a la vocación. Pero a veces, en lugar de quitar obstáculos, se les ponen otros nuevos, sin razón alguna.

Y lo más triste es que se saca la conclusión de que no existe vocación ante el sólo hecho de que un religioso (hombre o mujer) sienta en sí los impulsos del sexo. El psicólogo entonces cree más a los prejuicios que él ha tomado del ambiente, que a la ciencia verdadera. Y aconseja lo que manifiestamente es un disparate, porque en pura ciencia médica y psicológica de la existencia de pulsiones sexuales, aunque sean fuertes, no se pueden sacar más que dos conclusiones: Que la persona es NORMAL y que tiene SALUD. Lo cual ciertamente, por sí solo, puede volverle la paz en lugar de arrojarla de la vida religiosa. He conocido casos tanto de hombres como de mujeres. Ciertamente entre nosotros prevelecen los prejuicios sobre la ciencia. Y lo que digo son hechos claros. A más de cuatro de estos religiosos, a quienes se les había aconsejado que salieran de la vida religiosa, les he devuelto la paz y ahora viven su consagración con alegría. Son los hechos los que hablan.

En la Conferencia de Religiosos de Colombia se ejerce una CONSEJERIA de tipo psicológico AL SERVICIO DE LA VIDA RELIGIOSA. Partimos de un supuesto:

En muchas ocasiones, para que funcione BIEN la vida religiosa, es preciso que funcione bien la vida psíquica. O lo que es lo mismo: Con frecuencia el mal funcionamiento de la vida psíquica destruye muchas vocaciones. Todo intento por normalizar la vida psíquica entre los religiosos es un servicio a la vida religiosa.

LA DIRECCION ESPIRITUAL

Constataciones y Perspectivas

Anunciación Arzubialde

1. Introducción

Abordar el tema de la "Dirección Espiritual" en el momento actual, puede parecer a no pocas personas del ámbito religioso un recuerdo rancio del pasado; de ese "pasado" del que hablamos a veces en voz baja y como pidiendo perdón por él.

Sin embargo, es preciso revalorizar este aspecto, indudablemente útil, si no necesario, en la práctica de la vida espiritual, entendiendo por tal la conquista progresiva de sí mismo, orientada a la donación de servicio a los hermanos y a la adoración e intimidad con Dios.

Nadie que haya emprendido seriamente esta ardua tarea, podrá decir que se basta a sí mismo para su consecución. Somos individualmente demasiado limitados, excesivamente débiles para hacer frente a tantas tendencias contrarias como surgen de nuestro propio yo íntimo y a tantos estímulos negativos que martillean constantemente la puerta de nuestra voluntad.

Ciertamente, el avance de la psicología y la rápida difusión de sus teorías han hecho fácil o, al menos, se han abierto vías de acceso para el conocimiento de sí mismo al alcance de una gran mayoría. Hoy los problemas de las diversas corrientes que estudian al hombre, se barajan libremente y son el tema frecuente de nuestra conversación.

Se alza el tono de voz, se adopta una actitud de pleno convencimiento y se emplean términos sacados del vocabulario freudiano haciendo exhibición de unos conceptos que antes sólo eran del dominio de una minoría.

Y . . . nada de esto es en sí mismo criticable. Unicamente cabe cuestionar si la vulgarización de estos conocimientos acerca del yo, de sus motivaciones, reac-

ciones, impulsos, etcétera, etcétera . . . compensa y suple lo que antes llamábamos "Dirección Espiritual"; es decir, si se puede encontrar en un libro, lo mismo que se buscaba antes en aquél que se elegía como director y consejero de la marcha de nuestra vida.

2. ¿El sicólogo de hoy es el director de ayer?

Cabría introducir aquí el puesto que ocupan en el arreglo de todo tipo de conflictos internos los sicólogos. Es innegable que en el transcurso de unos pocos años estos medios del alma se han colocado a la cabeza del mundo. El sicólogo está hoy en los centros educacionales, en empresas, técnicas industriales, financieras, políticas . . . A él se recurre cuando nos visitan las depresiones o nos sentimos "en crisis".

Esto nos indica que si bien la cultura de los aspectos íntimos del ser humano ha crecido, y se ha hecho popular, han aumentado en una proporción mayor las dificultades, los conflictos y las angustias que atenazan al hombre, de tal modo que automáticamente se siente impulsado a salir de sí mismo en busca de una ayuda que le procure el restablecimiento de su equilibrio interior.

3. La dirección espiritual en la vida religiosa

La vida religiosa de nuestros días no se ve libre de situaciones semejantes. El compromiso de los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia vividos a plenitud conlleva una tensión constante de exigencias y renuncias que la persona, por muy magnánima y generosa que sea no.es capaz de mantener por sí sola. Necesita unas ayudas, por lo menos tan fuertes como sus propias dificultades, para responder positivamente al programa de vida que se ha trazado.

Sabiendo que Dios es fiel, y que su gracia nos acompaña siempre, el religioso debe procurarse además los elementos que están a su alcance para mantener su paz interior y para fomentar su avance en el camino de la santidad.

Entre estos medios está indudablemente el de la Dirección Espiritual, entendiendo por tal dirección la ayuda humana que una persona capaz libremente elegida presta a otra que se le confía enteramente para ser guiada en el desarrollo de su vida cristiana. Es, pues, una colaboración a la obra del Espíritu Santo siempre que esta actuación sobre el dirigido mantenga obviamente, su propio puesto de subsidiariedad y en ninguna manera inhiba o suplante la prioridad de autodominio que sobre sí mismo tiene el individuo en condiciones normales para ello.

Tal vez el autoritarismo con que se ejercía hace unos años la Dirección Espiritual ha sido causa de su actual receso y de la desestima con que hoy se la considera.

Pero además de ésta, hay otras causas que influyen para que este ejercicio encuentre numerosas objeciones y repugnancias.

4. Por parte de quien debiera dirigir

La labor es principalmente de Sacerdotes y Superioras Religiosos. Con respecto al Clero Secular, son muchos los Sacerdotes en los que su propio género de vida no invita a buscar en ellos el estímulo, el apoyo y la fuerza que el dirigido pretende encontrar. No es raro tampoco escuchar de estos mismos pastores de la grey opiniones tan desorientadoras como las que indican menosprecio por estos asuntos, ya sea por parecerles bagatelas pasadas a la

historia, o asuntos exclusivamente relacionados con siquiatría, si el caso incluye conflictos, o colindantes con el receloso misticismo, del que es preferible huir ya que es mucho más "recomendable" el conformismo burgués bien instalado en unas cuantas formas del buen vivir.

Sin embargo, lo más general es el caso de la falta de tiempo para dedicarlo a esas "finezas", abandonando el resto de la Comunidad Cristiana, ya que la dirección de unas cuantas almas se considera como "Finezas de privilegiados".

Los Superiores cuando se trata de Comunidades Religiosas, principalmente femeninas, tienen el difícil papel de ser por obligación los Directores Jurídicos y Administrativos de los intereses comunitarios, siendo a ellos a quien les corresponde el velar por la vida espiritual de sus súbditos. Esto hace que frecuentemente se deslinden los campos y se caiga en algún exceso o bien querer controlar la marcha espiritual de cada individuo, cosa que cae al margen de su responsabilidad, o la de dejar hacer y deshacer libremente a cada uno, para evitar mentiras forzadas, rebeldías u otros problemas.

5. Por parte del dirigido

La persona cae fácilmente en el espejismo del autocontrol. Se cree capaz de resolver sus propios problemas, se abusa de la confianza en el propio criterio, se escuda en la dificultad de encontrar un Director que efectivamente lo sea y busca suplir su falta con otros movimientos más modernos, como la revisión de vida, etcétera . . . y se olvidan a veces factores tan importantes como la humildad de reconocerse insuficiente, la sumisión a quien creemos capaz de ayudarnos en la tarea constante de conversión y superación, la disponibilidad y apertura a la gracia que nos es dada en la comunicación de inquietudes o fallos y la difícil aceptación de la obediencia al consejo y orientación recibida.

Todo esto causa la falta de orden y coherencia espiritual, el vivir sin programa, sin ideales, sin puntos de referencia . . .

Naturalmente que no se puede buscar en el director Espiritual un sustituto de la propia energía o de la voluntad inexistentes. El Director, si es tal, ayuda, pero no suple ni hace milagros.

6. Cualidades del director

Evidentemente las cualidades requeridas son muchas: todas las que integran una personalidad rica y las que supone una fe madura.

Al Director se le exigen unos conocimientos en teología y espiritualidad, en técnica humana de relaciones, dirección, temperamentos y caracteres. Se quiere ver en él un hombre abierto a los otros, capaz de intuir una situación, de adivinar una necesidad, de analizar un estado de ánimo. Y a la vez, conocedor de sus propias reacciones. Todo esto es indudablemente difícil, requiere un largo y paciente aprendizaje, a ratos penoso y madurados siempre en los fracasos. Ha de ser persona de experiencia espiritual, lo cual le hace capaz de darse cuenta de los movimientos del Espíritu, le enseña a respetarlos, sin querer imponer los propios criterios y a vivir constantemente pidiendo luz a Dios.

Se requiere una gran pureza de corazón o desinterés, que se sitúa en su lugar marginal, que piensa en el bien del sujeto, que ha sabido educar su propia sensibilidad, aceptando direcciones difíciles o pesadas, y renunciando a otras donde él había puesto mayor empeño y se rompen por iniciativa del dirigido o por iniciativa del Director cuando ve que no son de provecho.

7. Cualidades del dirigido

Después del Espíritu Santo, el dirigido es la persona más importante en esta tarea de la dirección espiritual. No solamente porque él presenta los males que se deben remediar, sino porque él mismo toma remedios, iniciativas, precauciones, etcétera, según crea conveniente.

Sobre todo, el dirigido es quien decide.

Utiliza toda su libertad en la elección, pero una vez realizada, tiene que abrirse sin reservas, mucho más allá de lo que comporta la culpabilidad moral (tema del Confesor). Esta apertura es la clave del éxito y, a la vez, la mayor dificultad.

Las cualidades más necesarias al dirigido son entre otras: la inteligencia para darse cuenta de lo que es y hace, la TRANSPARENCIA en la relación y el espíritu de fe.

8. La relación

Siendo, pues, indispensable el no reservar nada de la interioridad del dirigido importa mucho determinar la naturaleza de esta relación entablada en la dirección espiritual, ya que condiciona el contenido, es compleja, y se presta a deformaciones.

La tradición habla de la relación paternal. Nosotros hablamos, corrientemente, de padres espirituales. La palabra no le cae bien a nuestras sensibilidades modernas, temerosas de la autoridad que se va a imponer o del paternalismo que se complace en sí, y mantiene al otro en estado minoritario.

Muchos prefieren hablar de amistad, de sostén fraternal, de una relación de ayuda. Estas palabras sugieren la libre elección, la participación, la investigación común dentro del respeto a las libertades.

De todas formas estas distintas maneras de hablar, viejas o nuevas, evocan una relación, que por convertirse en real, alcanza los estratos más profundos del ser.

Tiene que originarse una elección libre en sus comienzos y a lo largo de toda la existencia de tal relación.

Asume y valora el componente humano de la relación; confianza, estima, sinceridad, amor o amistad. Muchos fracasan por no ser capaces de una auténtica relación humana, o por dejarse desviar enseguida por actitudes de inmadurez. Esto es debido, con mayor frecuencia, al dirigido, pero también se da en el director.

Impregnando todo ese ingrediente humano sobre él, actúa el elemento FE. Se está buscando comunitariamente a Dios, y en función de este fin, actúan uno y otro y ve cada uno al otro.

Se ha comprobado, que muchos Directores influyen más por lo que son que por lo que dicen. Sin darse cuenta, marcan la impronta de su personalidad. Por otra parte, el Dirigido se transforma más fácilmente cuando interviene en la relación con todo su ser, entregándose; que cuando escucha como discípulo. Cuando la dirección o diálogo se prolonga, normalmente crea amistad. Pero amistad especial, porque el Director sigue actuando con libertad, aprobando o desaprobando libremente, según crea.

El llamado método "Counseling", muy usado últimamente en Psicoterapia, ofrece elementos útiles para la Dirección Espiritual. El Pterapeuta, facilita la exposición del paciente, le ayuda a encontrar por sí mismo las dificultades y los remedios. Lo logra a base de una conversación muy cuidada en que prácticamente no se pronuncia ni aconseja ni manda, y sobre todo no manifiesta reacciones de juicio. Se limita, con intervenciones sobrias y aparentemente sin relieve, a provocar y dirigir

los descubrimientos del paciente. Al Director Espiritual le conviene conocer esas técnicas, pero sin abdicar de su misión religiosa, divina, de reconciliacion. Si abandona su campo, engañado por la eficacia momentánea, acaba perdiendo su razón de ser y la eficacia misma.

9. Contenido general de la dirección espiritual

Si hablamos de Dirección Espiritual, hay que entender "Espiritual" en sentido muy amplio: Obra del Espíritu, Ejercicios Espirituales, Energías Espirituales del Hombre . . .

Como esquema señalaríamos tres tareas en las que puede centrarse la Dirección Espiritual:

— Educar la libertad: crear serenidad, distensión humana y religiosa, confianza en sí mismo; hacerle superar falsas evidencias y prejuicios; despertar la sensibilidad de la conciencia moral y espiritual.

— Desarrollar fe y amor: hacer realista el plano de la gracia, el misterio sobrenatural en la vida sacramental, en la caridad apostólica; fomentar el sentido de vocación, entendiendo por vocación la iniciativa y donación generosa al servicio del Reino de Cristo, es decir, al establecimiento del amor en el corazón de todos los hombres, siguiendo para ello dócilmente la acción del Espíritu Santo.

— La Cruz: comprender su misterio en la propia vida y en la Iglesia; comprenderlo, vivirlo, mientras se mantiene el amor y el entusiasmo.

— Abertura al hecho cotidiano, a la vida concreta, a la intercomunicación con los demás, evitando que se cree indiferencia frente a lo que no es o no dice el Director.

10. Conclusión

Después de estas breves reflexiones, podríamos concluir con la idea de que ciertamente la dirección es en primer lugar una tarea hondamente apostólica y, en un segundo término, tarea que requiere mucho sacrificio de tiempo, y dominio de la sensibilidad; renuncia a trabajos más vistosos y remunerativos.

Pero no dudamos en que quien se entregue a esta labor, poniendo al servicio de ella sus cualidades y sus luces, encontrará en ella misma uno de los métodos mejores para su propia santificación.

LINEAS DE FORMACION

La Conferencia de Religiosos de Colombia quiere abrir en Vinculum *una sección dedicada a presentar testimonios de lo que están reflexionando y realizando las comunidades religiosas en Colombia. Estos testimonios resultan de la mayor importancia, pues revelan la vitalidad actual y los caminos que se están abriendo.*

En esta oportunidad ofrecemos un documento sobre formación *de las Hermanas de la Presentación, Provincia de Bogotá. En él se presentan en forma armónica derroteros para el redescubrimiento histórico del propio Carisma, de la Palabra de Dios y de la realidad del mundo en que vivimos. Podrá iluminar, a no dudarlo, muchos de los esfuerzos que se están haciendo en otras provincias.*

Nos permitimos invitar insistentemente a otras comunidades para que nos envíen testimonios de su trabajo y su reflexión, sobre todo con motivo de algún acontecimiento importante, como reuniones plenarias y capítulos provinciales. Estos documentos irán apareciendo en Vinculum.

"Nuestra profesión de vida evangélica nos impulsa hacia una plenitud en Cristo"

P. C. 60 C.

En un mundo que cambia al ritmo de una evolución acelerada la formación exige una solidez y profundidad peculiares. No se trata solamente de hacer tal o cual forma, sino de una creación continua y dinámica según la evolución de la vida y de la historia. Transmitir lo esencial del pasado, pero también preparar el porvenir, pues debemos formarnos no solo para hoy sino también para mañana (Cfr. Doc. 71-67).

La vida de una hermana de la Presentación es un proceso continuo dirigido a encarnar en la Iglesia, el carisma de Marie Poussepin, el cual está inspirado en el Evangelio y puede sintetizarse así: servicio personal y comunitario de la caridad para llevar "donde quiera que sean llamadas el conocimiento de Cristo y de sus misterios" (Reg. XXVII).

Se necesita en la Provincia un plan de formación, general y unificado. Al respecto presentamos el siguiente:

I. OBJETIVO GENERAL

Realizar un proceso continuo de maduración humano-cristiana, mediante la acción conjunta de la persona y la comunidad para adquirir una personalidad religiosa que responda hoy en la Iglesia, a las exigencias de la propia vocación, dentro del proyecto de la Congregación: "Vivir y revelar a Jesucristo" (Doc. 71-58).

II. OBJETIVO ESPECIFICO

Formar en nosotras a la Hermana Dominicana de la Presentación: persona de fe y oración, servidora de la Palabra, consciente de las realidades de nuestro país, de América Latina y del mundo, comprometida en el servicio de la Iglesia según el carisma de Marie Poussepin.

Mujer equilibrada, alegre, laboriosa, sencilla, disponible; a la vez delicada y fuerte, audaz y prudente; capaz de una libertad responsable y con sentido crítico.

III. LINEAS GENERALES

- Dentro de las metas señaladas hay que delimitar objetivos parciales propios de cada etapa. Hay que emplear también medios eficaces para lograr tales objetivos.

- La formación es una acción conjunta de la persona y de la comunidad:

  - De la persona: ". . . La formación, obra de toda la vida, es crecimiento y unificación de nuestra persona; es también medio de realizar el progreso en la fe. Cada

hermana, responsable de su propio perfeccionamiento, lo asume con una libre cooperación a la gracia . . . para llegar a ser lo que Dios quiere que sea . . . " (Cfr. P. C. 60 C.).

●● De la comunidad: " . . . Para que una religiosa pueda vivir seriamente su compromiso en la Misión de la Iglesia, se requiere el compromiso de la comunidad" (Cfr. Doc. 71-60). " . . . Se construye en un mismo movimiento la persona y la comunidad . . . " (P. C. 4 C.).

Para que la comunidad local sea formadora, debe asumir a cada uno de sus miembros en la totalidad de su ser y todas deben trabajar por impulsar la vida de fe, de esperanza y de amor, y por dinamizarla según los principios de participación, subsidiariedad y corresponsabilidad en vista a la Misión. La animadora debe ser la primera en sostener e impulsar este dinamismo.

● Es necesario asegurar la unidad y la continuidad entre las distintas etapas de la formación en un proceso dinámico que conduzca a la meta final y que se caracterice por ser personalizante, progresivo y comunitario. Esto supone un proceso, que permita desde el ingreso a la Congregación, tener una idea clara de lo que implica la vida consagrada, que se irá enriqueciendo durante toda la vida.

Para hacer reales estas líneas, es urgente que el plan de formación sea adaptable a las condiciones personales y a las circunstancias; y que tenga en cuenta los aspectos humano y cristiano.

A. FORMACION HUMANA

Una base de cultura y de madurez que sirva de cimiento a la formación religiosa.

Comprende la adquisición de hábitos de cultura, la formación doméstica, formación del criterio, el conocimiento y la adaptación de sí misma, las relaciones con la familia, la apertura hacia los otros, el cultivo de las aptitudes personales, el ejercicio de una libertad responsable. Este aspecto humano de cada heramana requiere también una formación socio-política y una preparación profesional acorde con las condiciones personales y de la misión.

B. FORMACION CRISTIANA

Llevar hasta el máximo las exigencias del compromiso bautismal mediante una profunda formación comunitaria, doctrinal, espiritual y misionera.

1. Formación comunitaria

La vida comunitaria es un elemento característico de nuestro ser dominicano: la Palabra nos congrega y nos envía.

Formarnos para la vida comunitaria implica:

- Abrirnos al amor de Jesucristo, fundamento de nuestra caridad fraterna.

- Desarrollar cualidades humanas, como la acogida, el respeto mutuo, la aceptación dinámica y la valoración de la persona con un sentido profundo de lealtad.

Estas actitudes llevan a:

descubrir y dejarse descubrir;
aceptar y aceptarse;
darse y recibir;
creer y confiar,

el diálogo será entonces no sólo una comunicación de palabras sino una participación de vida.

- Crear un clima de verdad que permita reconocer y aceptar las limitaciones propias y ajenas para crecer juntas en un dinamismo de realización personal y comunitaria.

- Fomentar la comunión como condición y meta de nuestra Consagración vivida en castidad, pobreza y obediencia.

- Asumir con responsabilidad la elaboración, puesta en marcha y evaluación del proyecto comunitario, conscientes de que la Comunidad se construye en la medida en que busca, reflexiona, supera tensiones, se traza metas y evalúa.

2. Formación doctrinal

Progresiva y sólida, fuente de convicciones profundas que impulsen nuestra vida en cada situación. Requiere bases de filosofía y ciencias del hombre como psicología, antropología y sociología. Debe ser teológica, bíblica, litúrgica y eclesial con una orientación marcadamente pastoral. Este aspecto doctrinal ha de incluír conocimientos suficientemente profundos sobre:

- El carácter definitivo de nuestro compromiso con Cristo.

- Nuestra Identidad y el espíritu propio de la Congregación.

- El carácter que tienen los votos como expresión de nuestra consagración a Dios y como medios que liberan para la misión.

- Las llamadas de la Iglesia y del mundo, y la respuesta a las mismas de acuerdo con nuestra Identidad para alcanzar la unidad en el pluralismo (Cfr. Men. Cons. Gral. Ex. 1973).

3. Formación espiritual

Fundada en la vida teologal, plenamente Cristocéntrica.

La Hermana de la Presentación, a partir del Noviciado en donde recibe una seria iniciación en la vida espiritual, debe continuar avanzando mediante la profundización de la vida teologal y evangélica para progresar en una continua experiencia de Dios en Cristo por el Espíritu Santo.

Cada una descubre y asume su propio proceso espiritual, su forma vital de oración con ayuda del discernimiento y de una orientación personal y comunitaria centrada en el espíritu propio de la Congregación.

La oración y el estudio ordenado a la contemplación, tiene que llevarla a un encuentro identificante con Cristo, su centro, que la impulse a comprometerse en el servicio de sus hermanos.

Esto implica:

- Organizar la vida de cada hermana y de la comunidad en función de una sólida vida espiritual, mediante el equilibrio entre contemplación, acción misionera, vida comunitaria, descanso.

- Favorecer el ejercicio de una libertad responsable.

- Vi vir el misterio Pascual centradas en la celebración eucarística, corazón de toda nuestra vida, lazo de nuestra comunión fraterna, fuente de nuestro impulso apostólico (Cfr. P. C. 44 C.).

- Anunciar a Cristo con una vida evangélica radical, principal finalidad de la vida religiosa.

- Impulsar con fidelidad creadora, la vida de la Congregación, como consecuencia práctica del estudio del carisma de Marie Poussepin, de la historia de la Congregación, y de nuestra Identidad de Hermanas Dominicanas de la Presentación.

- Revitalizar el amor a Nuestra Señora asumiendo sus actitudes de sencillez, acogida, fidelidad, alegría y don. Como ella: recibir, guardar, encarnar y transmitir la Palabra (Cfr. Identidad).

4. Formación misionera

Iniciada desde que se ingresa a la Congregación, progresiva y continuada a través de la vida.

"Para cumplir su Misión la Iglesia evangeliza: Evangelizando promueve y santifica. Fieles al Espíritu debemos atender a las urgencias de la evangelización en nuestro Continente".

Anexos Pro. Est. 72

"Que la formación desde sus primeras etapas se desarrolle en la línea de la evangelización".

Línea de acción comunitaria
Pro. Bogotá, 1974

Para ello es necesario:

- Revisar nuestras motivaciones vocacionales.

- "Tomar conciencia de que por nuestro bautismo somos Iglesia, y de que, en ésta, la Congregación se compromete a la evangelización por la cual asume con cada hermana las modalidades y consecuencias de la Misión que le confía" (Anexo Pro. Est. 72).

- Participar en la vida de la Iglesia a nivel espiritual, comunitario y de la Misión (Men. Cons. Gral. Ex. 1973).

- Sensibilizarnos para la apertura a los problemas de la misión y comprometernos con ella.

- Desarrollar en nosotras ciertas cualidades indispensables para asumir el compromiso misionero: sentido de responsabilidad, espíritu de servicio, acogida.

- Asimilar en la vida el sentido del texto:

"Fieles a su espíritu construímos comunidades cuyo dinamismo misionero depende de nuestra comunión con Dios y con nuestras hermanas. Esta comunión es anuncio y signo de la presencia del Reino".

Doc. 71-26

- Adquirir la suficiente competencia profesional para servir a la Misión.

IV. REALIZACION

- Cada hermana se responsabiliza de su autoformación.

- Cada comunidad local asume la formación integral de cada uno de sus miembros, y busca los medios para ello (Cf. Proy. Est. pag. 38).

- Un equipo orienta y dinamiza este proceso a todos los niveles y hace efectiva la continuidad y la unidad de la formación.

(Sacado de "CUESTIONES VITALES", Capítulo Provincial, diciembre 1974)

VIDA ESPIRITUAL

Revista trimestral de divulgación espiritual.
Dirigida por los Padres Carmelitas.

Anuncia un número extraordinario próximo a aparecer:

"TEOLOGIA Y ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACION"

(Tercer encuentro de espiritualidad latinoamericana
Quito – Septiembre de 1974)

Valor del ejemplar $ 50.00

También comunicamos a nuestros suscriptores que a partir del n. 50 nuestra revista será reestructurada.

En números monográficos presentaremos las espiritualidades más representativas en la Iglesia:

–Franciscana
–Agustiniana
–Dominicana
–Jesuítica
–Carmelitana

Suscripción anual: Colombia $ 100.00
Extranjero US$ 5.00

Dirección:
Carrera 18 n. 43-59
Tel. 32 16 01
Apartado Aéreo 22138
Bogotá – Colombia

El Vaticano
y Roma Cristiana

La Santa Sede, por medio de la Nunciatura Apostólica, ofrece a los Religiosos y a todos los que están interesados en el Año Santo, este pequeño volumen editado por la Políglota Vaticana.

En él se explica qué es y cómo funciona el Vaticano y el ambiente que ofrece a la contemplación estética del visitante.

Precio unitario: 1.500 liras. Descuento del 30% para pedidos especiales.

Pedidos a:
Nunciatura Apostólica
Carrera 15 n. 36-33
Bogotá – Colombia

EL OBSERVATORIO ROMANO

—Edición Española—

Valor anual: 18 dólares

Suscripciones:
Calle 71 No. 11-14. Tel. 35 88 84
Bogotá – Colombia

ark arquitectos

carrera 8 no. 69-32
teléfonos 480-453 y 494-982 apartado aéreo no. 52721 bogotá, d. e.

edificio para la conferencia de religiosos de colombia

COLMENA SIGNIFICA...

un gran rendimiento
en su AHORRO...

y una gran facilidad
para su VIVIENDA...

PORQUE COLMENA ES DIFERENTE...

COLMENA
corporación social de ahorro y vivienda
Carrera 10a. No. 17-72
Carrera 15 No. 80-44

INSTITUTO TEOLOGICO DE VIDA RELIGIOSA MADRID — ESPAÑA

Bienio de Licencia en Teología de Vida Religiosa: Sección de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca con sede en Madrid (España).

Los objetivos más importantes del Instituto son:

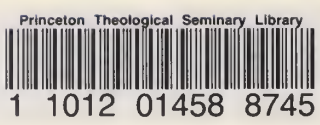
- dar una sólida fundamentación teológica de la Vida Religiosa a los alumnos;
- preparar verdaderos especialistas de la Teología de la Vida Religiosa;
- preparar aquellas personas que ejercen una pastoral con los religiosos y religiosas;
- situar en la verdadera dimensión eclesial el valor de la Vida Religiosa.

El INSTITUTO está primordialmente orientado al personal religioso dedicado a las tareas de investigación, dirección, formación y pastoral entre los Religiosos.

Los alumnos que hayan superado las pruebas correspondientes recibirán el título de LICENCIADO EN TEOLOGIA.

Información:
Secretaría del Instituto Teológico de Vida Religiosa.
C/ Víctor Pradera, 65 dpdo.
Teléfonos: 2418844 — 2482102.
MADRID — 8 (ESPAÑA).

For use in Library only



For use in Library only